

**Roberto RUSCONI (ed.)**, *Storia e figure dell'Apocalisse fra '500 e '600. Atti del 4° Congresso internazionale di studi gioachimiti*, Viella Libreria Editrice («Opere de Gioacchino da Fiore: testi e strumenti», 7), Roma 1996, 406 p.

Con puntual regularidad (cada cinco años), se celebra en San Giovanni in Fiore, donde se halla la abadía fundada por el abad calabrés Joaquín de Fiore (†1202), y bajo el patrocinio del Centro Internazionale di Studi Gioachimiti, un congreso dedicado al estudio de la obra, el pensamiento y la posterior influencia del Abad florense. Del 14 al 17 de septiembre de 1994 tuvo lugar el cuarto de ellos, que ahora se publica, como también se imprimieron, en su momento, los tres primeros. Algunas ponencias del IV Congresso Internazionale habían sido ya adelantadas en la revista «Florensia», que edita el Centro di Studi Gioachimiti. Impulsor y alma de tales congresos y de todas las iniciativas «joaquinitas» es el Prof. Salvatore Oliverio, director del Centro Internazionale citado. En el comité científico del Centro trabaja el editor de este volumen, Prof. Roberto Rusconi, Ordinario de Historia del cristianismo en la Università dell'Aquila, experto también en la historia del franciscanismo italiano.

Ahora salen, pues, todas las contribuciones leídas en aquel evento de 1994, con una introducción del Prof. Cosimo Damiano Fonseca, Presidente del Centro, la emotiva necrológica leída por la Prof. Edith Pásztor *in memoriam* del Prof. Raoul Manselli, y el discurso conclusivo (una especie de recapitulación de los principales temas tratados) a cargo del Prof. Cesare Vasoli, inteligente y exacta, como todas sus cosas.

Aparecido en noviembre de 1996, el presente volumen ofrece una importante novedad con respecto a las actas anteriores: ahora se insertan en una nueva colección en que se van a editar las *opera omnia* de Joaquín, así como una serie de instrumentos de trabajo para la mejor comprensión de la obra del Abad. De esta forma, este tomo, arropado en una serie bien orientada y definida, no se perderá en el vasto océano de las publicaciones de carácter más o menos institucional, que a la postre no se distribuyen bien y que, por ello, resultan de difícil consulta.

El cuarto congreso se centró en los siglos XVI y XVII, lejos, aparentemente, de la posteridad de Joaquín, y lejos, en todo caso, también de las diatribas provocadas por los fraticelos u otros radicales de la pobreza, herederos inmediatos de ese «joaquinismo» que se configuró a la muerte de San Francisco y que tomó cuerpo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIII, hasta desembocar en abierto conflicto con el Papa Juan XXII, en los años veinte del siglo XIV. En el volumen que reseñamos se estudian personajes y corrientes que se sospechan emparentados con ese «joaquinismo» bajomedieval: movimientos alumbradistas (por ejemplo, los jesuitas de Gandía, analizados por Alain Milhou); grupos protestantes, bien luteranos (revisados por Kurt-Victor Selge) o calvinistas (E. Randolph Daniel); revueltas sociales (la germanías valencianas historiadas por Eulàlia Duran); formas eremíticas o alumbradas hispanoamericanas (véanse sendos estudios de Josep Ignasi Saranyana y de Ana de Zaballa); apocaliptismos europeos renacentistas (presentados, entre otros, por Marjorie Reeves o Juana María Arcellus-Ulibarrena); etc.

Bernard McGinn, que abre la serie de comunicaciones, con una contribución titulada «Reading Revelation» (Leyendo el Apocalipsis), siempre ha sabido ofrecer una respues-

ta moderada a las relaciones de la «verdadera» doctrina joaquinista con los apocaliptismos bajomedievales, recomendando prudencia en las conclusiones de los analistas. Se enfrenta ahora, con su característica serenidad, a las influencias del Abad en el siglo XVI. Es evidente que las obras de Joaquín de Fiore fueron bien conocidas en el siglo XVI, sobre todo después de 1520, cuando apareció la edición veneciana de tres de ellas. Así mismo, es preciso reconocer que el Abad Joaquín era considerado como un auténtico profeta en los ambientes del seiscientos. Es también indiscutible que el Apocalipsis de San Juan era libro sagrado muy frecuentado por los exegetas de aquellos años, tanto católicos como luteranos, sobre todo, de la mano de Nicolás de Lyra, y que las expectativas apocalípticas fueron alimentadas en parte por la lectura de las *opera joachinista*. (La influencia de Nicolás de Lyra en Lutero es algo comprobado). El influjo de una lectura sesgada del Apocalipsis en los puritanos y los «spiritual reformers» es innegable. Los exaltados vieron en el saqueo de Roma por los mercenarios de Carlos V, en 1527, un presagio de inminentes desgracias; y rebuscaron en las páginas de las profecías sanjuanistas indicios de la proximidad del fin del mundo o de la venida del Anticristo. Por fin, no puede ignorarse que el Florense era leído, aunque casi siempre de segunda mano (a través de Bartolomé de Pisa o de Rinonico), en la Observancia franciscana.

Todo lo anterior es muy cierto, a mi entender. Sin embargo, entre esas comprobaciones tan atinadas de McGinn y de otros medievalistas, y la espectacular tesis de Henri de Lubac, persiguiendo la «posteridad doctrinal de Joaquín de Fiore» hasta el siglo XX, y detectando trazas de joaquinismo incluso en los ideólogos del nazismo, parece haber mucho trecho, demasiado camino. Y, sin embargo, la tesis de Henri de Lubac se ha abierto paso sin apenas resistencia. ¿Por qué? He aquí una interesante cuestión.

Desde los primeros pasos de la exégesis liberal y, muy particularmente, desde el triunfo de los postulados historicistas, se ha impuesto, en el horizonte cultural europeo, la opinión de que conviene distinguir siempre entre el personaje que da pie a un movimiento de gran alcance, y el movimiento mismo. Se nos ha repetido hasta la saciedad, a partir de presupuestos a veces endebles, que es preciso distinguir entre San Pablo y el paulinismo; Agustín y el agustinismo; San Francisco y el franciscanismo; Aquino y el tomismo; Lutero y el luteranismo; etc. Sin embargo, aquí, en esta pequeña parcela de la investigación medievalista, se niega, y nadie sabe por qué, la distinción entre el Florense y el joaquinismo. Si el anterior modelo hermenéutico se aplica a tantos supuestos, a veces sin especial motivo, ¿por qué no aplicarlo también aquí, estableciendo un *gap* entre el Abad y sus seguidores?

Si en algunos de los cinco casos que acabo de recordar, difícilmente puede argumentarse la distinción entre el personaje y su discípulado, a no ser que se distorsionen los datos y se acepten unos determinados aprioris ideológicos; ¿no se negará ahora la distinción entre la doctrina del Abad Joaquín y el movimiento joaquinista, también por razones ideológicas apriorísticas? Atisbo una dosis de arbitrariedad en los puntos de partida que da mucho que pensar...

En efecto; debo convenir, con la medievalística, que los fraticelos, empezando por el primer eslabón de ellos que fue Gerardo de Borgo de San Donnino, frecuentaban las obras auténticas del Florense. Pero será preciso reconocer también que en los mismos orígenes del joaquinismo hay una mistificación del pensamiento joaquinista. Gerardo, sin ir

más lejos, pretendía que las tres obras mayores del Abad Joaquín fuesen el «Evangelio eterno», la nueva revelación de la tercera Edad o Edad del Espíritu Santo. Esto, evidentemente, jamás lo pensó de sí mismo el Abad, que, al morir, sometió al juicio definitivo de la Santa Iglesia de Roma todos sus escritos. En definitiva: en el caso que nos ocupa, y sin negar la fuerte presencia literaria de Joaquín en muchos autores del siglo XVI, es preciso distinguir entre la genuina doctrina del Abad y el deslizamiento ideológico ocurrido en los que se volvieron hacia él en apoyo de prejuicios teológicos, aunque presentándose como fieles discípulos suyos. Joaquín fue leído con interés y curiosidad; fue muy citado, aunque no siempre después de una lectura directa. Pero no siempre fue tomado en serio. Sólo en algunos círculos, quizá ya dispuestos de antemano, Joaquín fue tenido por un verdadero profeta.

La ortodoxia de Joaquín, en asuntos dogmáticos, me parece innegable, sobre todo desde que se sabe que la obra condenada por el Decreto *Damnatus ergo*, del IV Lateranense, titulada *De unitate*, atribuida entonces a Joaquín, era en realidad una falsificación llevada a cabo por los enemigos del Abad. (Con todo, no puede negarse que hay en los escritos joaquinistas de atribución segura, expresiones que exigirían alguna matización, puesto que si tales matizaciones no hubiesen sido necesarias, tampoco se habrían producido las apelaciones a su autoridad por parte de los fraticelos y de otros posteriores).

Afortunadamente, las veinte comunicaciones recogidas en estas actas del cuarto congreso joaquinista están muy pegadas a las fuentes y, al ser más «positivas», también sus conclusiones son mucho más verosímiles que las generalizaciones a que nos tiene acostumbrados un sector significativo de la manualística.

Hasta aquí algunas reflexiones que me ha suscitado la lectura de este volumen de Actas. No cabe duda de que su publicación ha sido un acierto, realizada con una gran pulcritud por el Prof. Rusconi, y que la comunidad científica se beneficiará grandemente de su lectura. Dos índices: onomástico y de lugares, completan la edición y facilitan la localización de los temas y personajes.

Elisabeth REINHARDT



**Reseñas**

